

Concluir “suicidio simulado” en el caso Digna, “afrenta a la inteligencia”: Cazals

BLANCHE PETRICH Y JUAN JOSE OLIVARES **8a**

Un ser alto, ágil y liviano, el futuro *marciano* de origen terrestre: expertos

LAURA POY SOLANO **38**

Equipara analista las mentiras bélicas de Bush con el “vestido azul” de Lewinsky

JIM CASON Y DAVID BROOKS, CORRESPONSALES **28**

HOY

masiosare

LOS CABEZAS
RAPADAS
MEXICANOS

La Jornada
semanal



GIRONELLA,
TEMA Y VARIACIONES

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	11
LAURA ALICIA GARZA GALINDO	19
GUILLERMO ALMEYRA	20
JUAN SALDAÑA	20
ROLANDO CORDERA CAMPOS	21
ANTONIO GERSHENSON	21
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	23
JIOHÍ PEHE	28
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	37
CARLOS BONFIL	6a

OPINIÓN

MAR DE HISTORIAS

Asaltos

CRISTINA PACHECO

Seguro que no quiere que lo llevemos con un doctor?

—Ya, Carolina, déjalo: no tiene nada.

—Se ve mal—. Carolina se acerca al pasajero que yace en el asiento del microbús: —¿Vive cerca? ¿Cómo se llama?

—Gabriel—. Enseguida cierra los ojos. Necesita tiempo para decidir qué hacer: levantarse o dejar que los pasajeros lo llamen “pobre señor” y reconstruyan en desorden los pormenores del asalto:

—Venía medio dormida y no vi dónde se subieron esos malditos —precisa la acompañante de Carolina.

—El más moreno sacó mis cosas y tiró mi bolsa por la ventanilla. ¡No entiendo para qué!

—Nomás por hacer el mal —responde una mujer que parpadea con insistencia. —Se llevaron mis anteojos, que no le sirven a nadie.

—El otro se burló de mí: “No chille, abuelita, no voy a hacerle nada si me entrega sus aretes”. ¡Cínico!

—Al más moreno se le notaba lo desalmado —dice Carolina, estremeciéndose.

Gabriel abre los ojos y la mira. Carolina le toca la frente:

—La tiene empapada. Creo que del susto le dio calentura.

Gabriel se recarga en la ventanilla y, jadeante, declara:

—Es que soy hipertenso.

Un hombre calvo, vestido con chamarra caqui, observa a Carolina. Va a decir algo pero se lo impide el regreso del chofer y la comitiva que salió en persecución de los ladrones.

—¡Ni sus luces! —informa el chofer mientras se masajea un hombro. —Se me figura que se largaron en un coche que estaba esperándolos. O puede que se hayan metido en la Unidad Margaritas. Allí nadie va a encontrarlos: ¡Son un chingo de casas! Ni mais, ¡se pelaron!

Gabriel se enjuga la cara con el dorso de la mano y se pone de pie. Los pasajeros lo observan.

—Oiga, ¿puede caminar? —le pregunta Carolina.

—Sí, ya es muy tarde—. Gabriel consulta la hora: —van a dar las siete.

—No le quitaron su reloj —dice el hombre de la chamarra caqui.

—No les dio tiempo —responde Gabriel.

—Tuvo suerte. A mí me pelaron todo lo de la cuenta y me dieron un santo madrazo en el hombro —afirma el chofer.

—Antes diga que no le dispararon —sentencia la mujer miope.

Gabriel se encamina hacia la salida, pero el hombre de la chamarra caqui le marca el alto.

—¿Espérese!— Da un paso hacia Gabriel. —¿De casualidad usted no cono-

cía a los ladrones?

—¿Por qué iba a conocerlos? —responde Gabriel, extrañado.

Los pasajeros se mantienen expectantes. El hombre de la chamarra caqui mira al chofer. El interpreta su gesto y cierra la puerta. Gabriel, esforzándose por sonreír, lanza una mirada general:

—¿Tengo cara de ladrón o qué?— Nota que el hombre de la chamarra caqui sigue observándolo: —¿Pasa algo?

—La cosa está muy rara—. Advierte que Gabriel va a protestar: —En su caso, tendría cuidado antes de abrir el pico.

—¿De qué habla? —pregunta Carolina.

—Tú no te metas, Caro; mejor ya vámonos —murmura su amiga.

—No, quédense. Necesitamos estar juntos para ir al Ministerio Público a hacer la denuncia —aclara el hombre de la chamarra caqui.

—Eso es pura perdedera de tiempo. No vamos a ganar nada. A estas horas los ladrones ya quién sabe por dónde irán —argumenta el chofer.

—Se escaparon dos, pero todavía tenemos a uno—. El hombre de la chamarra caqui señala a Gabriel.

—¿Me está acusando? Es un delito decir esas cosas cuando uno no tiene pruebas —protesta Gabriel.

HELADA LONTANANZA



ALFREDO DOMINGUEZ
Las nevadas no ceden en varias zonas del país y ayer se agudizaron en ocho municipios mexicanos. La imagen, en Zinacantán

—Las tengo: su reloj. No se lo quitaron. ¡Es de los mismos!

—No tengo la culpa de que no les haya dado tiempo.

—Ay, sí, ¡qué fácil!— El hombre de la chamarra caqui se acerca a Gabriel y ordena a los pasajeros: —Agárrenlo. Voy a buscar su cartera. Si todavía la trae, es que trabaja con los ratas.

Gabriel se resiste, pero no logra evitar que el hombre de la chamarra caqui le registre las ropas. Cuando encuentra la cartera, la muestra en alto:

—¿Ven cómo tenía razón?— Mira a Gabriel con desprecio:

—También eres uña, no te hagas—. Abre la boca como si fuera a escupir: —Querías distraernos.

—Pero usted, ¿cómo lo supo? —pregunta Carolina.

—Dijo que era hipertenso y que sudaba porque tenía calentura—. El hombre de la chamarra caqui sonríe triunfal: —Soy hipertenso y jamás me ha dado fiebre.

—¿Qué chingonería! —murmura el chofer. El elogio fortalece la posición del acusador. Se vuelve amenazante hacia Gabriel: —Y te advierto que la cosa no va a parar aquí. Dejo de llamarme Edelmiro si no logro que nos digas dónde encontrar a tus cómplices.

—¡Imbécil! ¡No soy cómplice de nadie!— Gabriel siente un golpe en el cuello, se vuelve y descubre que el chofer es su agresor: —¿Qué trais, güey?

—¿Qué trais tú, pendejo?— El chofer habla en tono fanfarrón: —¿Qué dijiste? “¡Ya chingué!” Pos fíjate que no: quiero mi lana.

Gabriel ve que el círculo de pasajeros se estrecha y lo obliga a retroceder hasta el fondo del microbús. Se desploma en un asiento y levanta las manos, pero no logra contener los golpes.

—Lety, esto es horrible —gime Carolina.

—Se lo merece —responde Leticia, fascinada.

—Déjenlo!— Carolina mira al hombre de la chamarra caqui: —Por favor, ¡haga algo!

Magnánimo, el hombre de la chamarra caqui levanta la mano para suspender el ataque y se coloca frente a Gabriel. Mientras lo observa, le ordena al chofer:

—Arráncate. En la delegación, quiera o no, este cabrón va a soltar la sopa ante el Ministerio Público.

—Espérense— Gabriel se toca el púmulo inflamado: —Déjenme explicarles.

Cada vez más dueño de la situación, el hombre de la chamarra caqui se vuelve implacable:

—Ah, sí, ya me imagino lo que vas a decir: “yo no sé nada, no conozco a los ladrones”.

—Sólo a uno, el morenito: es mi hijo Esteban— Gabriel escucha rumores e